

El Día Mundial del Medio Ambiente en Extremadura nos sirve, una vez más, para reiterar nuestra voluntad y acción decidida por la sensibilización, la protección y el uso respetuoso de la naturaleza en el marco de nuestro programa "Extremadura XXI. Acciones de desarrollo sostenible".

Las generaciones futuras, nuestros hijos y nietos, quieren leer y escuchar la voz de la naturaleza y del entendimiento de los seres humanos con ella. Para contribuir a satisfacer ese deseo y para conseguir una naturaleza accesible a todas las personas hemos querido que todos podamos soñar, cantar, leer, oír e imaginar en nuestras voces y en las de aquellas que nos aman; sólo así conseguiremos un mundo solidario en el que "lo importante es llegar todos juntos".

Para acercar la naturaleza y sensibilizar a los más jóvenes la Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo junto con la Editora Regional de Extremadura de la Consejería de Cultura y Patrimonio y la Fundación ONCE han realizado la edición de los cuentos ganadores en el III Concurso de Narrativa Infantil de Extremadura "El Medio Ambiente Cuenta".

ALADINA Y LA BOTELLA MARAVILLOSA

Nieves Hernández Rodríguez



ISBN-84-7671-478-5



9788476714782

JUNTA DE EXTREMADURA

Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo

Consejería de Cultura y Patrimonio

ALADINA Y LA BOTELLA MARAVILLOSA

La obra *Aladina y la botella maravillosa*
de Nieves Fernández Rodríguez, obtuvo el Tercer Premio del
III Concurso de Narrativa Infantil de Extremadura "El Medio Ambiente Cuenta"
convocado por la Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo
de la Junta de Extremadura.

El Jurado estuvo formado por Carmen Galán como Presidenta,
Carmen Sánchez como Secretaria y Elisa Luengo,
Andrés Rodríguez y Casto Iglesias como vocales.

Nieves Fernández Rodríguez

**ALADINA
Y LA BOTELLA MARAVILLOSA**



EDITORA REGIONAL DE EXTREMADURA

MÉRIDA 1999

*A la ciudad de Mérida,
con el recuerdo de mi padre.*

© De esta edición:

JUNTA DE EXTREMADURA

Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo

Consejería de Cultura y Patrimonio

© Nieves Fernández Rodríguez

© Maquetación e Ilustraciones: Pura M. Llarena - Mérida

I.S.B.N.: 84-7671-478-5

Depósito Legal: BA-50-1999

Impresión: Tajo Guadiana ~artes gráficas~
Telf. y Fax: 924 27 46 56 • BADAJOZ

Aladina y la botella maravillosa

Sí, sí, has leído bien. La protagonista de esta historia se llama Aladina (una chica encantadora, todo hay que decirlo).

Mucho antes de que ella naciera, su madre se prometió a sí misma que su primer hijo se llamaría Aladino, como en el cuento. Desde pequeña, su madre ha sido una gran admiradora de esa historia fantástica de amor y magia. Tanto le gustaba que se leyó más de veinte veces el cuento de Aladino y la Lámpara Maravillosa, y otras tantas veces disfrutó con la película del mismo título en el cine y en la televisión.

Sin embargo, el destino caprichoso o algún genio malvado cambió el final de este sueño de cuentos infantiles y, por cambiar, cambió hasta la vocal *a* por la vocal *o* del famoso nombre de Aladino. Y ocurrió que, en un travieso día de no hace muchos años, en lugar de un niño, nació una niña coloradita y angelical a quien ahora todos llaman Aladina.

Te preguntarás dónde sucedió esta historia. ¿Tal vez en un país lejano cerca del EXTREMO oriente? ¿O quizá donde hay niños EXTREMADAMENTE pobres que se internan en cuevas solitarias y frotan cienientas lámparas? ¿Tal vez en un lugar donde aparecen genios de color verde sin EXTREMIDADES que

cumplen difíciles deseos, y con un poco de suerte consiguen casarse con EXTREMOSAS princesas?

Pues no, ocurrió aquí, muy cerca de dónde vives, en la misma EXTREMADURA, en una ciudad española y milenaria fundada por los romanos llamada Mérida en la provincia de Badajoz.

Es aquí donde crece Aladina y en unos pocos años se convierte en una chica sensible, simpática y curiosa con las personas, animales y cosas que la rodean.

Un buen día toma conciencia de la importancia del medio ambiente y decide hacerse ecologista. A partir de ese momento, Aladina será una niña *ecosensible, ecosimpática, ecocuriosa* y además, una gran defensora de las plantas y los animales.

Y hablando de animales...

-¡Guau, guau, guau!

-Pero, bueno... ¿Y éste quién es? -te preguntarás- ¡Vaya genio!

Sí, sí, has acertado. Se llama Genio y es la mascota genial de Aladina. Se lo regalaron hace dos años. Desde entonces la niña y el perro son inseparables. ¿Que por qué le pusieron ese nombre?

-¡Guau, guau, guau!

No sé si el perro te ha contestado, pero está muy claro, ¿no? Aunque, vete tú a saber, a lo mejor el nombre tiene algo que ver con la fantasiosa madre de

Aladina, por aquello del Genio de la Lámpara Maravillosa que cumple los deseos imposibles.

-¡Vamos, Genio! ¡Al parque!

Quien ahora habla es naturalmente Aladina, y como ya entra en escena, será mejor que el narrador, o sea yo, se retire para que ella misma os cuente la verdadera historia de La Botella Maravillosa.

• • •

¡Hola, chicos! Soy Aladina. El porqué de mi nombre no lo voy a explicar ahora. Es una larga historia que no viene a cuento en este cuento. Y además, no quiero enfadarme ni con la narradora ni con mi madre. En cambio, sí os voy a contar algo mágico que me ocurrió hace sólo unos meses.

En casa, yo soy la encargada de sacar a pasear a Genio. Todas las tardes lo llevo al parque a practicar ejercicios de búsqueda y captura. Lo que Genio debe buscar y capturar son los palos que yo le lanzo y que suelen caer entre la hierba y los matorrales.

La verdad es que mi Genio es un perro muy listo y siempre recupera los palos auténticos, sin trucos ni engaños. Pero, una tarde, no ocurrió así. Yo le lancé una ramita de abedul que se acababa de caer del árbol y el objeto que me trajo, no tenía nada que ver con las especies naturales del parque. Con sus dientes sujetaba una botella de refresco vacía que encontró entre unas hierbas secas.

¡Perro malo! -dije enfadada y molesta.

Sin dejar de sujetar la botella, sus cejas se juntaron en un profundo ceño y un raro gruñido acompañó a su triste mirada.

–¡No, eso no! ¡Déjalo! ¡Busca otra vez! –dije autoritaria.

Genio me volvió a mirar y en su afán canino de darme explicaciones se le escapó un

–¡Guau!

impaciente y de mucho carácter.

–Es verdad, lo siento, te ayudaré. La llevaremos al contenedor del vidrio.

Fui dando puntapiés a la botella todo el trayecto; cuando me agaché a recogerla, Genio ladró de nuevo.

–¡Guau, guau, guau!



–¡Calla! No entiendo por qué hoy estás tan nervioso. Sólo es una sucia botella de cristal, la tiraremos.

Es cierto, sólo era una sucia botella de refresco que alguien había dejado en el césped, ensuciando el paisaje y poniendo en peligro el bienestar de los seres vivos que pueblan el parque o pasean por él.

Por eso, lo mejor era recogerla con sumo cuidado y depositarla en el contenedor de vidrio más cercano para su reciclado.

Pero esa sucia botella de refresco no era una de tantas botellas de las que utilizamos a menudo y después tiramos al leer en su etiqueta: *Envase no retornable*. No, era una botella especial y Genio lo sabía.

–¡Guau, guau!

Intrigada, me agaché para observarla. De pronto, una vocecilla cantarina y cálida que provenía de una verde humareda nos rogaba a modo de lamento:

–¡Por favor, por favor! Antes de que me reciclen, dejadme que os cuente la historia de mi cristal.

Inmediatamente, Genio se sentó sobre sus patas traseras en actitud de escucha, esperando el relato del envase parlanchín.

Yo pensé en hacer lo mismo, tomé la botella con sumo cuidado, la coloqué en un banco y los dos escuchamos sus palabras transparentes y mágicas.

–Soy el Hada de los Vidrios y me acabo de materializar en el cristal de esta botella. Si deseáis conocerme acercaros y buscad mi reflejo.



Genio se acercó porque, como sabéis, es un perro muy obediente, incluso ante las voces desconocidas, lo que a veces me suele ocasionar algún que otro problema. Entonces, la botella se llenó de un humo verdoso y fantástico. Se diría que estaba a punto de explotar o de hacer salir un genio gigantesco y servicial como en el cuento de Aladino.

Pero no, lo que salió fue una canica verde y reluciente que rodó por el banco y se plantó en mi zapato. Me arrodillé para observarla mejor y descubrí unos ojillos diminutos que nos miraban a los dos con simpatía y unos brillantes labios que no paraban de moverse.

–Como veis –nos dijo– ahora soy una bola de cristal, casi un juguete, pero represento nada más y nada menos que a una milenaria botella romana. Sí, hace más de dos mil años que se inventó el cristal. Los romanos ya sabían mezclar en los hornos la arena con la sosa. Los antiguos pobladores de Mérida utilizaron el vidrio para su uso cotidiano. A mí, concretamente, me llenaban de exóticos licores y me llevaban de fiesta en fiesta a todos los palacios. Allí se danzaba al son de las liras mientras se degustaban las mejores frutas. Desgraciadamente, en una de estas alocadas y famosas fiestas me rompieron el cuello y con la ayuda del Hada de los Vidrios que está en esta botella de refresco me convertí en...

–¡Guau, guau! –interrumpió Genio.

–¿En qué? –pregunté intrigada.

Pero la canica parlante cerró los ojos y se disolvió en otra nube de color ámbar que salió de la botella.



Genio y yo tosimos aturcidos. Después nos acercamos con mucha precaución a la botella. Cual fue nuestra sorpresa al descubrir otra canica ámbar algo más pequeña que también nos hablaba.

–¡Hola! Soy yo otra vez. Vuestro cristal amigo. Ahora os vengo a contar mi segunda vida. Desde que se rompió mi cuello me he convertido en un vaso árabe importante decorado con flores, ramas y lindos vegetales. Primero, me limaron un poco los bordes y luego me pintaron. Así quedé listo para que bebiera de mí un importante emir que llegó a conquistar Mérida y se quedó a vivir en la ciudad, después que pasaran varios siglos del Imperio Romano. También os diré que muy pronto me convertí en su vaso favorito, el que siempre pedía para calmar la sed después de las batallas. Soy una pieza noble de la época islámica de Mérida, en esta mi segunda vida de cristal yo siempre viví en la Alcazaba. Me han llenado de té a la hierbabuena, de agua fresca, de zumos naturales... Os tengo que decir que después de ser un vaso importante, os invito, voy a dejar que bebáis en mi cristal histórico, pero cuidado que soy muy frágil.

La canica se convirtió en un precioso vaso con ribetes dorados y se llenó del agua fresca de un manantial que apareció al instante por detrás del banco. Genio se acercó a beber con la lengua colgando con la sana intención de refrescarse en aquella agua mágica.

–¡Genio, no! ¡Ya beberás en casa!

Tras mi advertencia el agua se evaporó al instante. Después, se hizo invisible el vaso. Otra vez la canica hablaba entusiasmada.



-¡Oh, qué vida aquella al lado del sultán! Si supierais... Si el Hada de los Vidrios me da permiso os contaré lo que ocurrió aquella vez que un niño me tomó peligrosamente entre sus manos y ...

Otra vez la nube de color ámbar disolvió la canica arrogante y no supimos más de su noble pasado. Genio y yo nos miramos sorprendidos. Entonces grité muy enfadada:

-¡Oh, no, espera, no te vayas!

Entonces Genio ladró muy lastimosamente, repitiendo lo que yo le decía a la botella.

Y pareció que sí nos hizo caso porque otra vez surgió esa inmensa humareda.

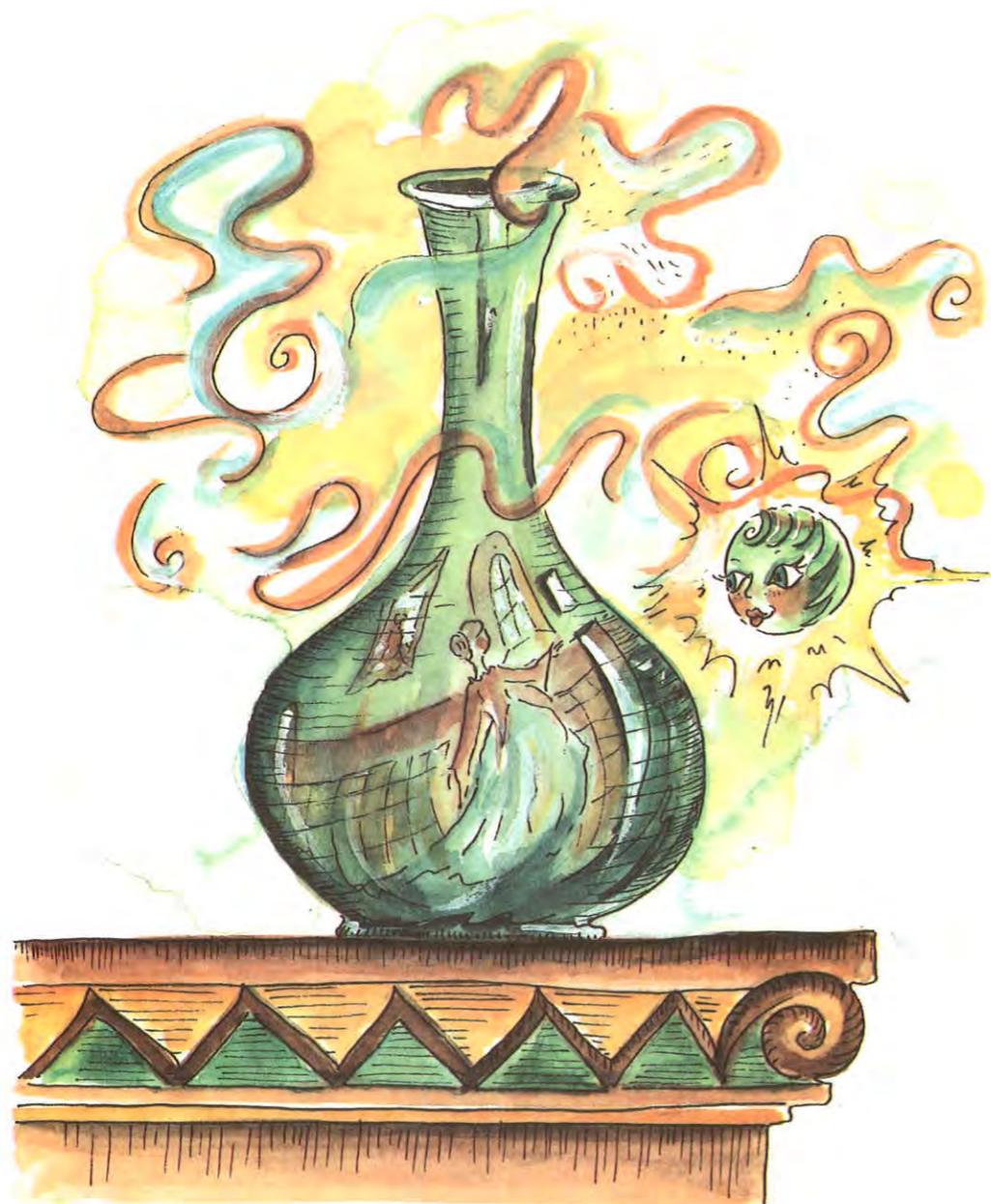
-¡Bien! -dije yo alegremente.

Sin embargo, esta vez no cambió de color, los tonos ámbar se mezclaron con un fino perfume que hizo estornudar a mi perro.

-¡S n i f f f!

La nueva canica brillante rodaba y se desperezaba sobre la palma de mi mano. Genio, muy alegre y animado, no paraba de girar su rabo peludo.

-Soy un cristal oloroso y delicado, porque aunque me han contado que pertenezco al histórico cuello de una botella romana, la verdad es que nunca hice caso de estos comentarios. Para mí lo que cuenta es el aroma que siempre he



guardado en mi cristal. He contenido los más intensos perfumes de la Edad Media fabricados de forma artesanal en la ciudad de Mérida. Mi cristal ha sido acariciado por las manos finas y elegantes de una dama medieval importante que no diré su nombre. Soy un vidrio discreto. Aún recuerdo cómo me acercaba a su cuello unos instantes antes de recibir a su amante en su rico aposento. ¡Ah! –suspiraba nostálgico–. Soy un cristal histórico, oloroso y muy afortunado. Podéis olerme.

La medieval canica giró y dio tres volteretas en mi mano cayendo entre la hierba. Genio ladró de nuevo con intenciones de ir a buscarla. Después de varios minutos buscando, nos dimos cuenta que había dejado de oler tan bien como al principio. Otra vez la canica parlante había desaparecido y en esta ocasión se llevó con ella el mejor de los perfumes.

Corrimos hacia donde estaba la sucia botella de refresco. Genio empezó a lamerla.

–¡No, no hagas eso! No frotes la botella, recuerda que ésta no es la Lámpara Maravillosa de Aladino.

Genio agachó la cabeza arrepentido y se acurrucó debajo del banco. Estaba tan triste que tomé una pequeña rama con la intención de jugar a la búsqueda y captura. Pero antes de que se la lanzara, una gran nube de humo multicolor nos envolvió a los dos paralizándonos.

–¿Estáis preparados para escuchar la historia de uno de los cristales más valiosos de Mérida? –dijo una voz celestial y sonora.

Era tal la belleza de aquella nube mágica, que por un momento pensé que se haría presente la mismísima Hada de los Vidrios personalmente.



–¡Sí, sí, estamos preparados! –dije incluyendo a mi perro Genio.

La nube se fue disolviendo, muy lentamente. Por la botella salió la canica de cristal más preciosa y multicolor que yo haya visto nunca. La cogí entre mis dedos y la puse al trasluz del cielo. De mi mano saltaban chispas iluminadas que chisporroteaban en dirección a los ojos de Genio como si de una bengala iluminada se tratara. Él miraba embobado y expectante aquellas luces mágicas. Por más que yo buscaba, no acerté a encontrar su diminuta boca de canica parlante, ni sus vivos ojillos.

De pronto, se escapó de mi mano y comenzó a crecer y a crecer, hasta convertirse en una gran vidriera de mucho colorido con forma de ventana de una iglesia gótica estilizada y, curiosamente, que también nos hablaba.

Genio la rodeó y se tendió a su lado.

–Ésta es mi cuarta vida –dijo en tono solemne–. No olvidéis que si el cristal se cuida, es capaz de superar con mucho las siete vidas que dicen tienen todos los gatos. Pero a diferencia de los felinos, nosotros somos mucho más frágiles. Yo, por ejemplo, un día me rompí y me juntaron con estos trozos de cristal de colores. A través de nosotros la luz cambia, entonces podemos captar los reflejos del mismo arco iris. Os diré que siempre fui feliz como vidriera. El Hada de los Vidrios siempre estuvo orgullosa de la luz colorista que prestábamos a la iglesia. Todas las tardes venía a reflejarse en la ventana. Le gustaba el silencio de estos muros de piedra. Un día el silencio se rompió con un ruidoso terremoto catastrófico que se escuchó en toda Extremadura y mucho más allá. Mi cristal se hizo añicos y me quedé enterrada durante muchos siglos debajo de la tierra, entre los escombros.



Genio tembló al oír la palabra terremoto. Os tengo que decir que mi perro tiene un olfato especial para las catástrofes naturales, es como si las adivinara, bueno, eso les ocurre a muchos perros. Además, es un perro ecológico.

-Continúa -dije yo muy interesada, ahora con un rayo azulado de la vidriera sobre mi cabeza.

-En una laboriosa excavación arqueológica de esta ciudad, en pleno siglo XX, un trozo de mí fue reconocido como un auténtico cristal de museo y ahora está precisamente en un museo de la ciudad, para que todos los visitantes y turistas puedan verlo. Otros cristales de mi vidriera han corrido distinta suerte. Por ejemplo, esta sucia botella. Lo cierto es que desde hace más de diez años me reciclan en lo que actualmente soy, en una refrescante...

La impresionante y gran vidriera detuvo su relato y comenzó a encoger de tamaño vertiginosamente, hasta convertirse de nuevo en la canica colorista de los mil destellos. Pude atraparla antes de que desapareciera, así conseguí detener su ciclo mágico antes de que siguiera con su transformación.

Cerré mi mano con todas las fuerzas. Entonces, la botella de refresco, aún con restos de humo de colores, nos dijo con su voceilla sonora y cantarina de vidrio:

-Puedes quedártela. Sólo es una canica de cristal que a mí me representa. Siempre que la veas recordarás que el Hada de los Vidrios te pide reciclar el cristal.

-Pero si no hace falta. En casa ya lo hacemos -dije yo entusiasmada-. Tenemos tres cubos de basura. Uno con la basura orgánica, otro con el papel y



otro con el vidrio. Cuando se llena el tuyo, soy yo precisamente la encargada de llevarlo al depósito del final de la calle, con la ayuda de mi perro Genio, por supuesto.

-Como Hada de los Vidrios ya sabía eso, por eso te elegí, por ser ecológica y respetar el medio ambiente. Antes de marcharme, te recordaré que debes contar lo que ha pasado aquí en este parque a otros chicos y chicas de tu edad, aunque por la rareza de tu nombre les suene a cuento chino o al cuento de Aladino, que tanto le gustaba a tu madre. No permitas que mi cristal ensucie el paisaje de tu ciudad, como ves, el vidrio tiene su propia vida. Desde hace más de dos mil años vive, revive y se recicla, el vidrio es maravilloso. ¡Esta botella es maravillosa! ¡Todas las botellas son maravillosas porque saben participar de nuestra historia y resucitan en cada reciclado! Adelante, Aladina, en tus manos está repetirles la vida y ahorrarme a mí, al Hada de los Vidrios, recursos, y al mundo la energía que bien que la necesita para suplir otras necesidades.

Y continuó hablando, ahora con una voz solemne:

-Como Hada de los Vidrios yo te nombro Aladina, desde hoy Embajadora del Cristal.

-¡Guau, guau! -incredó con mucho genio Genio.

-Bueno tú serás su ayudante y siempre estarás a la búsqueda y captura del cristal usado. Pero debes tener cuidado porque un vidrio roto es peligroso y puede herirte el morro.

La sucia botella de refresco se levantó del banco y quedó suspendida en el aire; hizo varios bucles formando un original garabato y ella misma se introdujo por el agujero del contenedor.

¡Vámonos a casa, Genio! ¡No se lo van a creer!

Oscurecía. Corrimos por el parque. Yo apretaba en mi mano cerrada la canica mágica como única prueba de esa rara tarde de paseo. Cuando llegamos, mamá ya tenía la mesa de la cena preparada. Lo había olvidado, hoy era el cumpleaños de papá. La vistosa cristalería de la abuela me recordó todo un conjunto de bellas imágenes: La botella romana, el vaso árabe decorado con motivos florales y vegetales, el frasco de perfume medieval, la gótica vidriera, las canicas parlantes de colores y la sucia y maravillosa botella de refresco.

-¿En qué piensas, Aladina? -dijo mamá arrebatándome de forma divertida la bola del arco iris del Hada de los Vidrios que yo me entretenía en lanzar hacia arriba.

-¡Guau! -protestó Genio con su mal genio, recuperándola.

Tomé una copa de la cristalería, acaricié sus bordes y la hice sonar con un pequeño golpe.

-¡Tlinnnnn! -dijo la copa sonoramente desde su buen cristal.

-Pensaba en lo interesante y maravilloso que puede resultar ser de cristal y reciclarse una y mil veces -dije yo sonriendo.

• • •

Contarte a ti este cuento es mi primera labor como Embajadora del Cristal. Pero también te contaré un secreto: aún tengo la canica mágica y multicolor. Eso me da poder y energía para nombrarte a ti y a todos los que lean

este cuento como nuevos Embajadores del Cristal. Ya habrás entendido cuál es tu principal labor. Si se te olvida, recuerda que el Hada de los Vidrios siempre estará muy cerca de los contenedores, esperando tus botellas maravillosas para impregnarlas con su magia y darles en cada reciclado una nueva vida.

-¡Guau! (Genio quiere decir ¡Eso!)

• • •

Bueno, pues a esta narradora sólo le queda aceptar la Embajada que tan amablemente nos ofrece Aladina y vigilar las esquinas de los contenedores extremeños por si aparece el Hada de los Vidrios, quizá vestida de romana, o bellamente materializada en una botella de cristal.

Y colorín, colorado, este cuento se ha escrito en papel reciclado.

